

# “Arraigados en Dios”

## Para leer la Biblia con provecho

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

Tema: De camino en comunión con el buen pastor (parte 2)  
(12 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.**  
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



## **De camino en comunión con el buen pastor (parte 2)** **(12 días)**

Día 1

Sal. 23:4-6; Éx. 14:19-22

Los caminos con nuestro Señor, el buen pastor, no son solamente caminos en las alturas. En cualquier momento nos pueden llevar también por valles oscuros. Esto experimentó el pueblo de Israel muy poco después de su liberación de la esclavitud de Egipto. Como nosotros, también ellos podían ver los buenos propósitos de Dios y sus pensamientos de amor con ellos recién por la mirada retrospectiva y el porqué los llevaba por un camino de rodeo. (Lea Éx. 13:17.18; 14:1-4.)

De este modo ellos se encontraron en una situación sin salida aparente: delante de ellos estaba el Mar Rojo a la derecha y a la izquierda les rodearon las montañas y detrás de ellos se acercaba el ejército egipcio. Bajo las instrucciones claras de Dios, Moisés guiaba a los asustados y confundidos israelitas como un pastor por un camino que en realidad no era un camino: por en medio del mar (comp. Sal. 77:19.20).

¿Cómo era posible esto? La intervención soberana de Dios en Su creación, cambió el mar por fuertes vientos del este en un valle que el pueblo pudo cruzar en seco. ¿Qué habrán sentido los israelitas al cruzar este valle?

¿Qué sentimos nosotros si Dios nos guía a través de un mar de angustia? (Comp. Zac. 10:11.) “¿Cómo podré sobrevivir en esa situación? ¿Por qué Dios permite esto? ¿El poder de Dios podrá enfrentarse a este peligro y protegerme, o las olas me sobrepasan? ¿Sabrá Dios que me encuentro en angustia de muerte?”

Viendo los muchos valles oscuros podemos preguntar: ¿Qué es aquello que hace tan oscuro este valle? ¿Qué nos ayudaría a no desesperar en el valle oscuro? ¿Qué podemos aprender y conseguir en el valle oscuro?

**1. ¿Qué hace tan oscuro el valle oscuro?** Cuando estamos en medio de tinieblas, podemos caminar solamente palpando con las manos. No conocemos lo que pasa y no hay ninguna seguridad. ¿En qué puedo confiar en la oscuridad? (Lea Is. 50:10; Jn. 8:12.)

Día 2

Sal. 86:2-7.16.17; Is. 51:10

Un valle oscuro impide toda visión hacia más allá. No se puede hacer planes para el futuro. Incluso es imposible poder tener una clara perspectiva para el día por delante. Uno tiene que pensar y vivir una hora o un cuarto de hora a la vez, y se siente aliviado al llegar a la noche. Uno ya no se conoce a sí mismo y a los demás que le rodean. Ellos nos pueden confundir con sus comentarios. Llegamos a angustiarnos por lo que dicen o exigen. Aquel que pasa por tales oscuridades se siente solo e indefenso.

Todo lo comentado puede tener diferentes causas. Nosotros mismos podemos sentirnos lastimados en nuestro cuerpo o alma, de tal forma que nuestro concepto de vida, tambalea o se quiebra de un día a otro. También recuerdos de la más remota situación pasada pueden bloquear el camino y quitarnos el aliento. O puede ser que personas queridas tienen que pasar por caminos muy dolorosos. Sea cuál fuere el valle oscuro que tengamos por delante nuestro, una cosa es cierta según el salmo 23: No se puede hacer desaparecer por la oración, sino que debemos pasarlo.

Nos preguntamos: **2. ¿Qué nos ayuda para no desesperarse en el valle oscuro?** En el Sal. 23 leemos: No estamos solos en el valle oscuro. El buen pastor nos acompaña y nos hace saber: “He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20). Esto no es un mero conocimiento, pues el Señor mismo nos quiere librar para hablar: “Tú estás conmigo”; una y otra vez.

También el grito de oración a Jesús, mi buen pastor: “¡Yo soy tuyo!” es una gran ayuda en el valle oscuro, para no desesperarse. En todas las enigmas y preguntas de la vida esa confesión guarda nuestra identidad. D. Bonhoeffer oraba en la prisión: “¿Quién soy? ... Estas preguntas en la soledad se burlan de mí. No importa quien sea yo, tú me conoces, soy tuyo, oh mi Dios”. (Comp. Sal. 146:4-8.)

Día 3

Sal. 23:4b; Jn. 14:16-18

¿Qué puede ayudar a no desesperarse en el valle de sombra de muerte? David lo expresa así: “Tu vara y tu cayado me infundirán aliento”. El camino en el valle oscuro no debe ser desconsolado, pues el consolador, el ayudador está ahí (comp. 2.Ti. 4:16-18). Esto vale tanto si nos encontramos ahí sin propia culpa o por actuación egoísta. En una situación similar, Dios dijo a su pueblo: “He visto sus caminos; pero le sanaré, y le pastorearé, y le daré consuelo a él y a sus enlutados”; y también “Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros” (Is. 57:18; 66: 13).

Una madre consuela tomando a su hijo en sus brazos o en su regazo, al haberse caído. Así el buen pastor quiere atraer a los suyos justamente en tiempos de angustia y oscuridad y hablarles al corazón. Su vara le sirve como arma de defensa contra los enemigos y el cayado como instrumento de guía y contacto personal.

Sus palabras de defensa pueden salvarme la vida cuando las acusaciones propias me quieren cortar el camino: “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ... en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (comp. Ro. 8:31-39; Jn. 10:28.29).

Tales palabras de aliento necesitamos en el valle oscuro. Cuando nuestro corazón se tranquiliza por medio de ellas, podemos nuevamente oír sus indicaciones suaves, aún cuando nos quiera corregir, para que no nos enredemos de nuevo en propios asuntos (lea Jn. 8:1-11). Por eso es tan importante, justamente cuando no nos sentimos bien, quedarnos tan cerca de Él para escuchar Sus palabras (comp. Sal. 119:105).

Día 4

Sal. 27:1-6; 84:5-12

### **3. ¿Qué podemos aprender o conseguir en el valle oscuro?**

Conseguimos una nueva comprensión acerca de nuestro buen pastor. Justamente cuando no recibimos ninguna amabilidad ni de personas, ni en las situaciones de la vida, resplandece en un nuevo brillo, aquel que nos llamó a la vida y nos ha amado desde la eternidad. Así David puede testificar encontrándose en gran aflicción y angustia: “Jehová es mi luz y mi salvación”. Esa luz es tan potente que todo lo demás, incluso los enemigos, se reduce y pierde importancia. Por eso se llega a la conclusión: “¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”

Por la *luz de su presencia* se desarrolla en él aun en medio de la angustia una santa tranquilidad, que despierta nuevos anhelos en él: “Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida”.

Así el valle oscuro, puede llegar a ser una “tienda de encuentro” con el Señor de la vida misma, y esto resultará en alabanza y lleva a la certeza: “Porque él me esconderá en su tabernáculo ... y yo sacrificaré en su tabernáculo sacrificios de júbilo; cantaré y entonaré alabanzas a Jehová”. Sin embargo siempre es un trayecto que debemos caminar, para llegar a la alabanza de Dios; una trayectoria atravesando el valle de lágrimas y de las oraciones con lágrimas. (Comp. Hch. 16:23-26.)

Aun en esto Jesús, nuestro buen pastor, abrió el camino y fue delante de nosotros para enseñarnos que nuestra alma no tiene que quebrantarse en la oscuridad: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente” (He. 5:7). En el valle da lágrimas Dios escucha también nuestro clamor. (comp. Sal. 77:1; Jn. 20:11-16.)

Día 5

Ro. 5:1-5; 2.Co. 1:3.4.8-10

A los 17 años, Joni Eareckson Tada sufrió una fractura de la nuca y desde ese momento está paralizada desde la cuarta vértebra de la columna cervical. Ha experimentado de muchas diferentes maneras el valle oscuro del sufrimiento. Acerca de los “logros” escribe ella después de varios años: “No siempre somos responsables por la situación a la que hemos llegado. Pero sí somos responsables de cómo reaccionamos. Podemos entregarnos completamente a la desesperación y “jugar” con sentimientos suicidas, o levantamos la vista a Dios que nunca se equivoca y que tiene el completo control de todo. Él es capaz de tornar nuestras experiencias amargas para nuestro mayor bien y transformarnos en la imagen de Jesucristo (2.Co. 3:18)”.

Nadie aprende esto en cinco minutos. Se necesitan tomar muchas decisiones cada día; y aprender a tener la confianza paso a paso. Si se trata de una enfermedad o de una tarea difícil de la que no podemos deshacernos, o si es una persona que agota toda reserva de mis nervios, o si no me aguanto a mí mismo con mi temperamento, todo esto es el terreno fértil donde puede crecer la *paciencia*. Pues la paciencia no abandona, ni a sí mismo ni a otros. Así se produce esperanza que no avergüenza. Ella es el fruto del Espíritu Santo que madura lentamente en el valle del sufrimiento, según cómo lo experimentamos.

Atravesando por el valle oscuro también puede crecer la *misericordia* en nosotros. Un expositor traduce la palabra así: estar con el corazón pobre. Mientras que estamos fuertes muchas veces no tenemos compasión con las personas temerosas. Pero experimentando el valle oscuro, Jesús nos otorga el equipamiento que necesitamos para tratar a los demás con misericordia. (Lea Ro. 15:1.5-7; Gá. 6:2.)

Día 6

Éx. 15:22-27; 16:1-4.8; Sal. 78:52.53

“Aderezas mesa delante de mí ...” Aquel que no encierra en sí mismo su dolor, sino lo expone delante del Señor que puede consolar como ningún otro, también recibirá el consuelo. De esta manera nuevamente consigue la clara visión para la mesa que Dios en Su amor tiene preparado para nosotros.

Una y otra vez Dios preparó la mesa para su pueblo en medio de situaciones peligrosas. Con agua, maná y codornices, cuidó Dios de su pueblo cada día, también en el día de reposo. Ellos aprendieron a reconocer no solamente al Señor como su buen pastor, sino también a su propio corazón. Ellos comprendieron que el hombre necesita más que alimento para su cuerpo. Igual como el pan de cada día, necesitaban también la alimentación de su alma, el perdón diario de sus pecados.

Dios mismo los invitó a llegar a su mesa con todas sus necesidades. Dios mismo preparó un lugar donde podían deshacerse de todas sus cargas, donde sus conciencias podían conseguir paz: Un cordero inocente en su lugar. Bajo la señal de la sangre derramada del cordero inocente, ellos habían salido de Egipto (comp. Éx. 12:21-27) bajo esa señal de la gracia que deberían experimentar también ahora que a pesar de sus pecados diarios ante Dios y sus prójimos podían ser perdonados y seguir viviendo en paz (comp. Lv. 1:1-4).

Hasta el día de hoy Dios invita a sus liberados a Su mesa. Lo hace por medio de Su Hijo Jesucristo que entregó su propia vida como cordero inmolado y válido eternamente, para que nosotros aceptemos nuestra vida, reconozcamos pecado y fracaso, entregándonoselos (comp. Jn. 1:29; Mt. 11:28.29).

Desde la última cena del Señor con sus discípulos, antes de Getsemaní y Gólgota vale en cada “Santa Cena” Su invitación: ¡Siéntese y disfrute la eterna comunión con el que le ama! (Lea Jn. 3:16; Ap. 1:5.6.)

Día 7

Sal. 23:5; Lc. 22:14-23

Cuando nos acosa cualquier peligro reaccionamos muchas veces o con huida o con agresión. Jesús, nuestro buen pastor, nos conduce por un tercer camino: ¡Siéntate, come y bebe! Ya que el camino pesado de sufrimiento no lo evitó, ni Él mismo, ni pudieron sus discípulos, sino que tenían que caminar por el, no debía ser sin ese incomparable fortalecimiento. “Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad y comed; esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de pecados” (Mt. 26:26-28).

¡Qué fortalecimiento! Jesús va con nosotros; Él está en *mí*, como el pan y el vino, con Su perdón, con Su cuidado, con Su vida invencible y Su poder que me lleva hacia la meta. (Comp. Mt. 26:29; Jn. 14:1-6.)

Aunque los discípulos en aquella noche no lo podían captar todo, cuando todos huyeron al ser apresado el Señor, y cuando el próximo día lo vieron colgado en la cruz, a pesar de todo eso, igual valía y vale hasta hoy: “El cuerpo de Cristo es dado *por ti*, la sangre de Cristo es derramada *por ti*.”

Desde el día de pentecostés el Señor celestial lo dice a cada corazón por medio de Su Espíritu Santo: “¡Coma y beba!” “Yo soy el pan de vida ... Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Jn. 6:35; 7:37; comp. Jn. 4:14)

Como una casilla de refugio que se encuentra en las montañas, así la “Santa Cena” del Señor quiere ser protección, descanso y fortalecimiento para nuestro camino de la vida, hasta que lleguemos a la casa del Padre celestial. Por eso: “¡Venid, que ya todo está preparado”. (Lc. 14:17; comp. 1.Co. 11:23-26).

Día 8

Ez. 34:23.24; Ap. 19:6.7.16

En la Biblia el pastor también es una figura para el rey. Jesús el buen pastor y Rey de todos los reyes invita aquí a una comida festiva. Gozo, satisfacción y vida abundante, aún en medio de sufrimiento, espera a aquellos que aceptan la invitación (comp. Jn.10:10; 16:22; Fil. 4:18.19). ¿Pertenezco a ellos o prefiero otras cosas? (Lea Lc. 14:15-24.)

El salmista está seguro: ¡A mí se me espera! Como un huésped de honor en una fiesta experimenta: “Unges mi cabeza con aceite”. Él lo acepta y lo cree: Así me ve el *Señor*. ¡Yo tengo valor ante Sus ojos y Él me ama! (Comp. Is. 43:1.4.) Aunque muchos están invitados a la fiesta, Él me toca a mí personalmente y se dirige amablemente a mí.

Aunque me siento enfermo y miserable, Jesús se ocupa de mí como pastor y rey, también como médico trata con compasión todos los puntos delicados y dolorosos. Esto experimentó una vez un enfermo incurable: “Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: ‘Si quieres, puedes limpiarme’. Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: ‘Quiero, ¡sé limpio!’ Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de aquél, y quedó limpio” (Mr. 1:40-42).

Cuando el contacto y el ungimiento con aceite se efectúan por el mandato del buen pastor y en Su autoridad, se puede producir la sanidad por Él mismo. Así lo experimentaron en aquel tiempo los discípulos cuando Jesús los enviaba para hacer conocer el nombre y poder de Jesús el Salvador del mundo (Mr. 6:13; comp. Lc. 10:34). ¿Necesito un nuevo toque de Él? Se lo puedo decir.

Día 9

2.Co. 1:21.22; Ef. 4:1-6

El unguimiento con aceite es también una figura del don del Espíritu Santo, que desde pentecostés reciben todos aquellos que creen en el Señor Jesucristo, el buen pastor, y le siguen.\* Ellos han recibido como regalo la certeza: Yo le pertenezco desde ahora para siempre, hasta la eternidad (comp. Ro. 8:15-17).

De este modo están bajo una nueva vocación, pues ahora vale: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1.P. 2:9; comp. 1.P. 2:21-25).

El que recibió los bienes del buen pastor también los puede dar a otros. Esto puede realizarse por el *único* Espíritu en diferentes maneras: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros” (Ef. 4:11).

¿No queremos preguntar a Dios en forma nueva por nuestra vocación y vivirla? Para que como sacerdotes por la autoridad del Príncipe de pastores (1.P. 5:4) podamos acercar Dios a la gente y la gente a Dios; por medio de palabras y hechos, en prédicas y aconsejamiento, en intercesión y unguimiento de los enfermos. Pues también esto es una señal, como el bautismo y la santa cena, para visualizar la gracia de Dios y fortalecer así la fe. Por eso dice Santiago a la iglesia: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados” (Stg. 5:14.15).

Así podría acontecer que a través de este servicio pastoral el vestido de tristeza y depresión se cambia en vestido de salvación y gozo. (Comp. Is. 61:1-3.10.)

\*En la *primera* parte del tema, en el día 2, se encuentra un modelo de oración sobre cómo se puede llegar a ser propiedad del buen pastor.

Día 10

Sal. 23:6a; 2.Co. 12:6-9

Aunque por el cuidado del buen pastor no siempre se consigue el bienestar físico o emocional, en cada persona que sigue a Él puede crecer la gozosa certeza: “El bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida”. Ella surge de la experiencia personal de cada creyente a la cercanía del pastor. El Señor mismo lo rodea por todos lados y puede incluso cambiar el mal en bien (comp. Sal. 139:5; Gn. 50:20). De ahí surge una posibilidad positiva de vida, aun cuando persisten debilidades o aflicciones por las que se oraba a que desaparecieran.

Esto experimentó el misionero a las naciones, el apóstol Pablo, por cuya imposición de manos muchos enfermos se curaron (comp. Hch. 19:11.12). Mas en él mismo persistió un sufrimiento que hubiera querido perder. Sin embargo él sintió la cercanía del Señor justo en esa cuestión dolorosa: “Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2.Co. 12:9).

Aunque la respuesta de Dios a su triple petición resultó distinto a lo que él esperaba, Pablo podía alabar la gracia y el poder de esa palabra diciendo: “Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo” (v.9b).

Muchas veces, personas que a pesar de permanentes problemas experimentaron la gracia y misericordia de Dios, podían elaborar de su agradecimiento una canción de adoración a su buen pastor (comp. Sal. 13:6; 71:19-23). Hasta el día de hoy se producen palabras y melodías que motivan también a otros a alabar la inmerecida gracia de Dios: “Quiero cantar a ti, Señor Jesús. Tú amor es mi felicidad. Estoy contento y alegre, tan alegre, pues la vida ha regresado: Yo cantaré, canto y canto. Tú amor es mi felicidad” (G. Goseberg).

Día 11

Jn. 14:1-6; Ef. 2:19-22

“Y en la casa de Jehová moraré por largos días”. Esto puede decir solamente aquel que conoce al único y singular pastor, el que conoce el camino. Nadie puede llegar allí sin Su guía, sin Su bondad y Su misericordia (comp. Is. 42:16).

En esto consiste la honra del buen pastor que Él lleva a *todas* sus ovejas a la meta: Las grandes y las pequeñas, las que balan mucho o poco en distintos tonos, las blancas y las negras (comp. Lc. 15:1-7), las primeras y las últimas. Él las conoce a todas con su nombre, ellas escuchan su voz y le siguen (Jn. 10:27). Porque él está con ellas en todo el camino, ellas alcanzarán la meta: la casa del Señor.

En el antiguo pacto se refería al templo, el lugar de la especial presencia y cercanía de Dios, de los sacrificios y de la oración, del culto y de las reuniones festivas. Porque el buen pastor entregó Su vida, ya no se necesita el sacrificio, y el altar llega a ser la mesa del Señor, donde se puede tener comunión con Él continuamente, particularmente, pero también globalmente con todos aquellos que aceptaron su invitación. Esa comunión con los seguidores de Jesús y por causa de Él, llega a ser el templo del Señor, donde Él vive por Su Espíritu.

Mientras estamos en esta tierra no tenemos que buscar un lugar especial para encontrarnos con Dios, pero sí necesitamos la comunión con sus hijos (comp. Jn. 4:19-26; Hch. 2:41.42). Aunque somos un “lugar de construcción “ grande, no es posible que el edificio se destruya por influencias del tiempo actual ni por intervenciones violentas. Ni las puertas del infierno pueden destruir su iglesia, pues es la casa de Dios (Mt. 16:18). ¿Acaso no queremos ser partícipes de este edificio maravilloso? (Comp. Ap. 3:12.)

Día 12

Ef. 1:3-7.13.14.18; 1.Jn. 3:1.2

El que vuelve a la casa del Señor, no llega a algo extraño. No, él llega a casa y experimenta en primer lugar el suave toque de Dios, quien es como un buen padre y a la vez como una cuidadosa madre: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos ...” (Ap. 21:4a; Is. 66:13a). Allí también habrán desaparecido todas las razones de tristeza y temor: “Ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 4b; comp. Is. 25:8; 65:17).

Entonces le veremos a Él como es y seremos semejantes a Él. (Comp. Job 19:27.) Toda fatiga de trabajo, todo malentendido entre los hombres, toda carga y sufrimiento caerán de nosotros como vestimenta vieja. Vestidos con una vida incorruptible podemos gozarnos eternamente. (Comp. 1.Co. 15:54-58.)

Todas las aventuras en su servicio honrarán verdaderamente “al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre” (Ap. 1:5.6; 22:3-5). Cada cual que habrá llegado allí, lo verá claramente: Yo salí del corazón del Padre eterno y ahora he vuelto a Él, encontrado por el buen pastor, a la meta de todos los anhelos, al amparo eterno y a la felicidad interminable. El templo es el Dios Todopoderoso mismo, Él y el Cordero (Ap. 21:22).

“Entonces no habrá más sufrimiento ni miseria, no se llorará más. No habrá persecución ni levantamiento sobre aquel que parece ser más pobre. Él quitará el poder de la muerte, nadie se sentirá solitario. Nadie despreciará a su prójimo, sea grande o pequeño. Entonces desaparecerán todas las preguntas y todos los anhelos se cumplirán. No habrá apuro o pena, eternamente se cumplirá: Dios será todo en todo” (E. Schnitter).